



Un trago de agua fría, temblorosa y desnuda, refresca las fauces secas del caporal mientras la cuadrilla se remueve confundida entre el ropaje de las vides.

(foto Muñoz.)

Estamos ante el supremo esfuerzo de vaciar una «serilla» al carro. Aunque no lo parezca, son cuatro mujeres y un hombre.

(foto Muñoz.)



—¿Hay que pasar algún arroyo?
—pregunta el fotógrafo.

—No. Aquí sólo hay arroyos en tiempo de lluvias, cuando cada surco es un río. Luego, el sol, con sus alabanzas de fuego, seca sus lomos oscuros y los deja como los contemplados ahora, ásperos y quebradizos.

Esta vez se hace otro de nuestro viaje. Un señor de lomo manchego, bajo de estatura, nervioso y pequeño, se aproxima y muy justo aprecia las bellezas de la tierra.

—Pues no quisiera lo de remangarse.

—Es que vamos a atravesar un río, y ahora lo comprobará usted —agrega el señor manchego.

Y así es en verdad. Cuando intentamos pasar al otro lado del ca-

mino, los zapatos se nos deslizan hundiéndose en la harina morena del carril.

—Le asiste la razón, amigo; esto es realmente un río. Siento no haberme remetido el pantalón hasta la rótula.

Mi compañero profiere estas palabras con un gesto de amargura cómica y con los párpados, nariz y mejillas cubiertos de una tenue capa de arenilla en polvos. Ya estamos al otro lado. Dejamos al camino que avance lento y fatigado retorciéndose como buscando la sombra de las hojas de esmeralda, y nos internamos pisando barbechos hacia la «Casa de Don Diego», tope de nuestra jornada. En realidad, no es una casa sola, sino una agrupación de quinte-rías con viviendas para peones, gañanes y señores, en un sitio apacible rodeado de almendros, olivos jóve-

nes, melonares y viñedos. El dueño es un chico joven, muy expresivo en su conversación, atentísimo, educado y de una simpatía contagiosa.

El mismo nos conduce al tajo de los vendimiadores. De lejos, no se ve otra cosa que cabezas que se yerguen y vuelven a inclinarse, tocadas con el más variado género de atavíos. Boinas y bilbainas negras, pañuelos, chambergos deformados y amplias pañoletas blancas que envuelven, del modo más cuidadoso y hábil, todo el rostro de la mujer. Los cuerpos quedan casi ocultos por el espeso vestido de las vides, cuyo color verde menta produce un contraste de joyas con el azul claro de las blusas que los mozos llevan sujetas por delante con un gracioso lazo. Se sorprenden al vernos aparecer con nuestros trajes de señorito más o menos pulcros, y pronto se

percatan que nuestra misión no es la de cortar racimos.

Al habla con el caporal. Es un hombre menudito, barbirrubio, de mirar grande y pupilas sanguinolentas, seco de carnes y fino de rostro. Cubre su cabeza con el clásico gorro de cuadros de lana, manifiestamente adaptado. En las manos, llenas de sangre de uva, lleva unos guantes de lana, un poquito atropeados, que a su voz resonancia se oír tan fácil distinguir al vendimiador de la otra. Sus vestidos son semejantes. Las mujeres llevan sujeto por la cintura y un cuadrado prendido a la blusa por dos alfileres imperdibles. Un faldín corto hasta un poco más abajo de la rodilla.

—Díganos usted, señor caporal: ¿es práctico ese vestido mixto de las



Así se cargan los carros en Tomelloso. El de la fotografía es un curioso ejemplar cuya carga en limpio es nada menos que de cuatro toneladas y media.



¿Marcela, Aldonza, y Luscinda...?
(foto Muñoz.)